

JAVIER

La importancia de codificar y de copiar para la construcción de la ciudad sostenible

The relevance of codifying and copying for the construction of the sustainable city

CENICACELAYA

Resumen

Este texto sostiene la idea que considera al barrio o a la misma ciudad como los auténticos portadores del carácter y los proveedores de identidad. Se propone la conveniencia del modelo de Ciudad Collage, a fin de acomodar las diferentes tendencias. Se reclama el recurso urgente a los códigos y al restablecimiento del copiar como herramienta útil para arquitectos y diseñadores urbanos.

Palabras clave

códigos, copiar, modelo urbano, ciudad collage, carácter, identidad.

Abstract

The present text supports the idea of considering the districts of a city, or the city itself as the real bearers of character and the providers of identity. The text proposes the convenience of a Collage City as a model, in order to accommodate the different tendencies. It claims for the urgent use of codes and for the re-establishment of copying as a useful tool for architects and urban designers.

Key words

codes, copying, urban model, collage city, character, identity.

La construcción de una ciudad acorde con los principios del desarrollo sostenible pasa por optar por un modelo urbano de gran resiliencia, es decir, un modelo con urbanidad; esto implica una opción por la ciudad compacta, con mezcla de usos y un importante grado de densidad. La implementación de ese modelo requiere inevitablemente de la implantación de toda una serie de códigos u ordenanzas, capaces de garantizar aquello que estamos planificando o previendo. La previsión es inherente a la responsabilidad con lo que se proyecta o planifica. A continuación paso a reflexionar sobre esta cuestión, que en mi opinión es de primerísima importancia en los actuales tiempos de emergencia ante los acontecimientos que se avecinan a escala planetaria.

El fracaso de la ciudad moderna

La ciudad es un artefacto muy complejo, quizás el más complejo de cuantos ha producido la humanidad. Como es sabido, tal complejidad sufrió un intento de simplificación por parte de los urbanistas de los años veinte y treinta del pasado siglo. Pero tal operación no fue otra cosa que la sectorización según las actividades humanas (residencia, trabajo y ocio-servicios).

Como resultado, la ciudad tradicional definida por calles, plazas, avenidas, etc., compacta y con mezcla de usos, fue siendo gradualmente suplantada y erosionada por lo que se consideraba como la ciudad contemporánea.

Los acontecimientos urbanos ocurridos en el siglo xx, desde los años treinta y particularmente desde el final de la Segunda Guerra Mundial, nos han demostrado un desinterés por mantener esas constantes de la ciudad de siempre. Los nuevos desarrollos se han concebido de un modo autónomo, eran independientes, como si no formaran parte de un todo, o fueran a formar un todo, es decir un nuevo barrio, o una parte nueva de la ciudad. De tal modo, que hemos visto surgir barriadas donde coexistían todo tipo de concepciones de residencia, todo tipo de volúmenes, de formas, en un completo cacomorfismo (de caco, feo, *morfos* forma).

La ausencia de armonía y de una cierta homogeneidad formal han hecho que esos nuevos barrios no tengan carácter, no tengan entidad, no tengan en definitiva identidad. El carácter constituye el auténtico patrimonio de una ciudad, de una sociedad; porque en la óptica contemporánea, son los barrios en su conjunto, y es la ciudad al fin y al cabo, el auténtico patrimonio colectivo. Ya no basta con señalar determinados edificios o lugares para ser preservados, como un

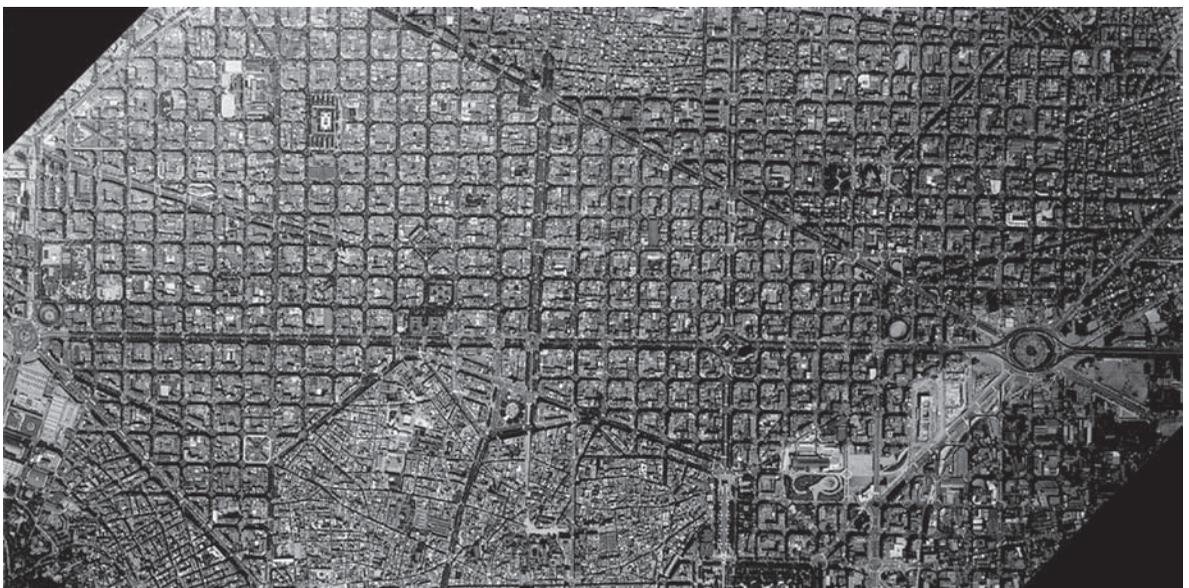
Hasta las primeras décadas del siglo xx la ciudad se ha desarrollado en base a un crecimiento de nuevos barrios, cada uno con un carácter homogéneo. Barrios que se habían consolidado a lo largo de varias décadas de un determinado siglo, ya pasado, a los que se yuxtaponían otros barrios igualmente desarrollados a lo largo de otro periodo de tiempo diferente, y siempre manteniendo un notable carácter homogéneo; esto fue así debido al recurso a ordenanzas o códigos que eran comunmente compartidos, o impuestos como reglas de juego para todos.

En medio de esa homogeneidad podían destacarse los edificios auténticamente singulares y representativos con un rango de monumento o de patrimonio del barrio, a la manera como nos muestra, por ejemplo, Giambattista Nolli en su plano de Roma de 1748.

Esos barrios, esos nuevos «paquetes de ciudad», en muchos casos, surgían sobre un plano previamente trazado con mucha antelación, o sobre una planta de ciudad ya existente; es el caso de los ensanches, donde el plano, la planta de la ciudad, ha sido soporte del crecimiento de barrios diferentes a lo largo de décadas (Fig. 2).

Desde los años veinte algunas propuestas urbanas, como las de Le Corbusier, Hilberseimer, o las vanguardias rusas, trataron de inventar un mundo nuevo, una ciudad radicalmente distinta de la que se conocía en el devenir de los siglos. Hilberseimer pretendía incluso hacer una ciudad

FIG. 2
Ensanche de Barcelona.



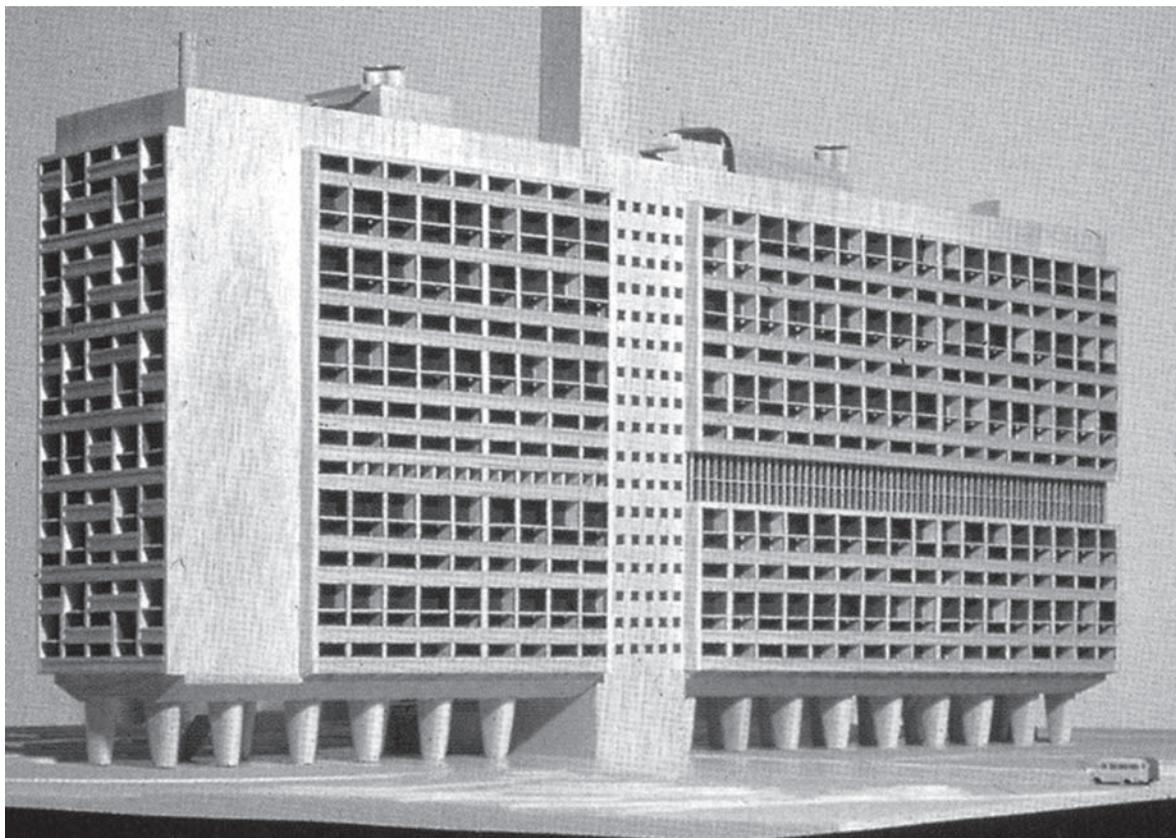
donde cada vivienda tenía ya el mobiliario construido, una auténtica máquina para vivir, como definía a la vivienda el filomaquinista Le Corbusier.

No es de extrañar que tras la guerra y en respuesta a la solicitud del Ministerio Francés para la Reconstrucción, Le Corbusier construyera una ciudad dentro de un prisma: La Unidad de Habitación, en Marsella (1947-52).

L'Unité de Marsella (Fig. 3) pretendía asumir en su seno las partes que la complejidad urbana encierra: un pasillo que hace las veces de calle, una terraza de jardín, y unos apartamentos que se apilan como lo hace la arquitectura vernácula mediterránea colocando unas casas sobre otras, es decir maclándolas, etc.

Todo fue una mera ilusión por decir lo menos. A esta «Unité d'Habitation», auténtico manifiesto de Le Corbusier, le siguieron otras

FIG. 3
La Unidad de Habitación de Marsella.



del mismo autor, cinco en total, donde los medios disponibles fueron disminuyendo gradualmente; la última, Firminy (1965) presenta tal simplificación (por falta de recursos) que su estado puso en evidencia la miseria de la proposición de Le Corbusier de maquinizar la vivienda y al ser humano.

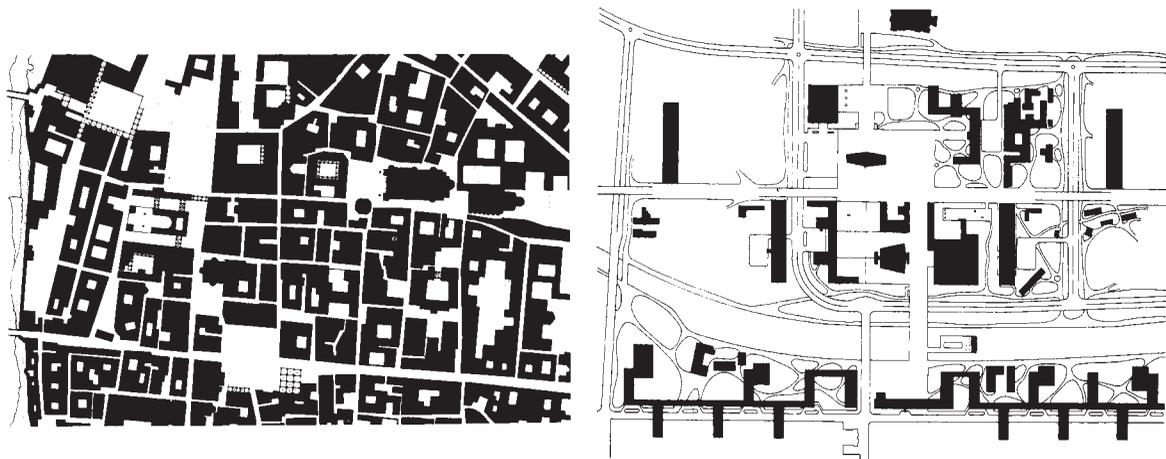
Si en Marsella, gracias a la ilimitada disposición de recursos, Le Corbusier pudo construir una fachada profunda, estratificada, es decir, con una malla a modo de logia que pudiera asumir, o disimular, los cambios en las carpinterías de las ventanas, el colorido de las cortinas y en suma, la enorme fragilidad de la fachada; y si además si Marsella pudo «dignificar» la estructura con la introducción de relieves, o la terraza-jardín con la colocación de objetos y volúmenes, y en general con la introducción del color, de los contrastes de luz y sombra, etc., en Firminy ya no quedaba nada.

En la posguerra, y a lo largo de los años 50 y 60, por la carestía de medios o por la simple especulación inmobiliaria, el referente para la reconstrucción de Francia y para la creación de nuevos barrios ya no fue la «unidad» de Marsella, sino la de Firminy más simplificada, reducida a una caja.

Es el triunfo del bloque abierto, aislado, en medio de una gran extensión de terreno no construido, como si se tratara de un parque, de un jardín, un «Jardin Anglais» decía Le Corbusier. Es el triunfo de la ciudad dispersa sobre la ciudad compacta (Fig. 4).

Así surgieron las periferias de las grandes ciudades de Francia, (y también de Europa y en general del mundo entero). Las conocidas como

FIG. 4
Ciudad compacta y ciudad dispersa.
Planos de Figura/Fondo.



banlieus, cuya inmensa mayoría son catalogadas como «Points Noirs» o puntos negros para las CRS, o Compañías Republicanas de Seguridad de Francia (el cuerpo de intervención de la policía antidisturbios). «Puntos negros» donde es altamente arriesgado entrar, como sucede con otros ghettos de grandes urbes del mundo: Los Angeles, Ciudad de Mexico, etc. «Puntos Negros» que equivalen al olvido de estos lugares.

Las *banlieus*, aquellos barrios de blancos prismas y extensos parterres, que Francia levantó orgullosa para acoger a la inmigración norteafricana y de otras colonias, acabaron en el 2005 siendo incendiadas por sus propios moradores.

El modelo del plantado de prismas, de bloques bien separados los unos de los otros sobre extensos parterres, se había convertido en un conjunto de edificios altamente degradados y vandalizados, con parterres donde el verde era ya un barrizal.

Sin servicios de ningún tipo, esos conjuntos habían liquidado toda la complejidad social y física de una ciudad o de un barrio tradicional. No existía la calle, ni la plaza, ni callejuelas, ni soportales, ni rincones y recovecos propios de un tejido urbano histórico, es decir propio de un tipo de ciudad que ha tenido una pervivencia de más de 3.000 años.

La ciudad en aquel *Jardin Anglais* de Le Corbusier, es decir la «Ciudad en el parque», había acabado siendo la «Ciudad en el parking», como dice Colin Rowe en su famoso libro *Ciudad Collage*¹.

¹ Colin Rowe y Fred Koetter, *Ciudad Collage*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1981. Título original *Collage City*, Ed. MIT, Cambridge, 1978.

Preguntados los jóvenes de esas *banlieus* por la razón de su descontento, que les había llevado a incendiar coches, edificios, barricadas, etc., manifestaron sentirse por una parte excluidos de una sociedad (la francesa) que no los aceptaba como ciudadanos de pleno derecho, y por otro lado se sentían reclusos en lo que ellos calificaban como un *ghetto*, o como una cárcel.

Manifestaron que en cuanto salían del portal de su casa, se sentían vigilados, supervisados, controlados desde todas las ventanas. Manifestaron que en ese «campo abierto» no había lugar para las mínimas agrupaciones en intimidad, ni siquiera para protegerse de las pequeñas transgresiones juveniles (Fig. 5).

Cierto que la quema de las *banlieus* de Francia, y podemos por extensión decir de Europa o del mundo, obedece a razones más profundas que las meramente formales, arquitectónicas o urbanas, cierto. Existen profundos fallos estructurales y grandes problemas sociales, pero el marco, con tan extensos «supuestos parques» ha sido imposible de mantener.



FIG. 5
Incendio en las periferias de las ciudades francesas.

La degradación física, denunciada por los moradores, así como los sentimientos de «campo abierto vigilado» y de vulnerabilidad en un ámbito sin arraigo, sin carácter y sin urbanidad han centrado las críticas a este modelo.

Sarkozy, entonces ministro del interior, prometió reconstruir estas *banlieus*, pero sin contar con arquitectos.

La pertinencia del estudio de los modelos urbanos

Es evidente que el modelo de la «Ciudad en el parque» ha demostrado ser un absoluto fracaso. Porque se ha de tener muy presente que intentar simplificar la enorme complejidad de la ciudad con modelos no probados históricamente es muy arriesgado.

No debemos olvidar que la ciudad está formada por ciudadanos, por personas, y que los experimentos con personas suelen encerrar cuando menos actitudes muy paternalistas, cuando no totalitarias.

Hoy son millones las personas que viven o mueren en unos habitats construidos de miserable configuración; víctimas de visiones alucinadas de la ciudad y del mundo.

² Es muy interesante a este respecto el libro de James Howard Kunstler *The Long Emergency. Surviving the Converging Catastrophes of the Twenty-First Century*. Ed. Atlantic Monthly Press, Nueva York, 2005.

Hoy, en la situación de emergencia² en que nos encontramos (de cambio climático, calentamiento global, desaparición de los casquetes polares, alteración de la Corriente del Golfo, escasez de agua, de energía, de alimentos, etc.) ya no hay lugar para disquisiciones sobre posibles alternativas a ser experimentadas. Se ha ir sobre seguro.

Por ello se han de contemplar los modelos urbanos que han funcionado en la historia, que han demostrado tener una gran resiliencia, es decir que han asumido flexiblemente los cambios. Esos modelos están en la ciudad histórica, en la ciudad tradicional, es decir en las ciudades y barrios construidos antes de la Segunda Guerra Mundial.

Hoy, es más pertinente que nunca estudiar esos modelos. Son los modelos que tienen la condición de la urbanidad; Es decir sujetos a reglas tendentes a generar áreas homogéneas, a crear calles, plazas, avenidas, etc., y a conseguir importantes niveles de compacidad, con mezcla de usos, con ocupación de las plantas bajas para diversos usos, y con un buen nivel de densidad (como mínimo de 50 viviendas por hectárea).

Y ¿Qué se puede hacer en los casos donde las ciudades no crecen o lo hacen lentamente?. ¿Qué hacer con la herencia recibida?

Parece lógico que deberíamos guardar y proteger aquellos barrios que teniendo un carácter urbano (es decir con urbanidad) mantienen una coherencia formal en su conjunto; es decir aquellos barrios donde los edificios que lo integran siguen las mismas ordenanzas y códigos, y presentan un importante grado de homogeneidad formal; barrios donde la diferencia clásica entre residencia y monumento permanece vigente.

También parece lógico que en los barrios donde la urbanidad existe, pero donde reina un auténtico cacomorfismo, se ha de proceder a establecer los mecanismos que eliminen tal condición y promuevan la homogeneidad formal (Fig. 6).

En cuanto a los barrios donde la urbanidad está ausente, es decir donde no hay calles, ni plazas, ni ningún otro elemento capaz de dotar al barrio de un carácter urbano, donde no existe compacidad, ni mezcla de usos, ni los componentes ya citados como propios de *lo urbano*, en esos casos, si los edificios no mantienen los adecuados niveles de confort, habría que



FIG. 6
Ejemplo de cacomorfismo. Ausencia total de codificación.

pensar en su transformación, mediante la demolición de edificios enteros; podría así procederse a una auténtica regeneración de la arquitectura, de lo urbano (es decir del barrio) y de lo social, es decir de las condiciones de vida (Fig. 7).

Dadas las altas cotas de complejidad formal que la ciudad encierra, en particular en las ciudades de un cierto tamaño, por encima de los 10.000 habitantes, parece razonable que los diferentes paquetes que la conforman, y las áreas susceptibles de transformación o de crecimiento sean tratadas como partes independientes aunque interrelacionadas. En este sentido creo que la propuesta planteada por Colin Rowe de la ciudad *collage* es absolutamente pertinente en el momento contemporáneo.



FIG. 7
El primer paso para la reconstrucción.

La Ciudad Collage

En el modelo de ciudad *collage*, la ciudad es concebida como una yuxtaposición de barrios, donde cada uno de ellos tiene su propia lógica de crecimiento, su carácter, sus códigos, e incluso su propio estilo o lenguaje arquitectónico en los edificios. Barrios dotados de una clara y potente identidad.

Cuando la ciudad alcanza un tamaño importante, entonces los barrios, como paquetes o partes del *collage*, se yuxtaponen intercalando entre ellos espacios verdes que los separan y a la vez los unen. Esos parques, pequeños o grandes sirven para aglutinar barrios o grupos de barrios; se trata de un modelo histórico que incorpora el elemento de jardín y parque como articulador, lo cual está en sintonía con la circunstancia actual del cambio climático. Un modelo que ya ha sido propuesto anteriormente. Recuerdese por ejemplo el proyecto de Eliel Saarinen para la ciudad de Helsinki, de comienzos del pasado siglo (1917-18)³ (Fig. 8).

La ciudad se constituiría en una constelación de pequeñas ciudades o distritos que gocen de una importante autonomía del centro. Pequeñas ciudades en las que caminar de un extremo al otro no conlleve más de 20 minutos a pie, es decir ciudades de unas determinadas dimensiones que no deben ser superadas; y cuando hayan de crecer, se procede a

³ La propuesta de separar los distritos por parques, permite yuxtaponer retículas cuyos ejes obedecen a rasgos territoriales no capaces de orientar del mismo modo todas las calles de la ciudad, sino tan solo ciertas partes. Se produce un auténtico *collage* de plantas, que está muy de acuerdo con las tesis defendidas en el presente artículo.

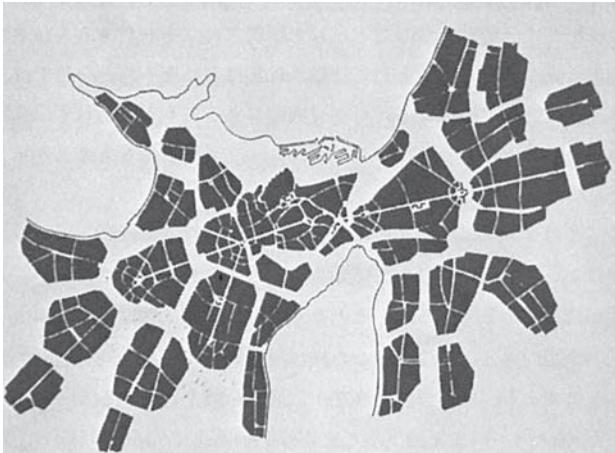


FIG. 8
Propuesta de Eliel Saarinen para Helsinki.

crear una nueva ciudad yuxtapuesta (tal y como proponía Hipodamo de Mileto 500 años antes de Cristo).

Anteriormente, al referirme a la actuación a seguir en los barrios que hemos heredado, he citado tres situaciones, o mejor dos muy generales, porque las dos primeras son situaciones en las que la urbanidad existe, y en la tercera no se plantea la idea de la ciudad con urbanidad. Que duda cabe que podríamos establecer numerosos matices que nos llevarían a incrementar el número de situaciones dentro de las que calificamos con urbanidad, y también dentro de las otras, de las que carecen de urbanidad. Y en todas, habría que proponer un planteamiento de coexistencia, de yuxtaposición de unas situaciones y otras, capaz de aglutinar la diversidad que demanda una sociedad de amplitud de miras, democrática y participativa. De este modo la pluralidad de opciones se plasma en una pluralidad de paquetes que conforman el *collage* urbano, o si se quiere, por rememorar a Colin Rowe la *Ciudad Collage*.

La adopción del modelo de ciudad *collage* generaría barrios con un carácter más homogéneo, y por tanto con una mayor armonía visual. Y así, por ejemplo, sería más difícil, si es que ya tendría algún sentido, marcar aquellos edificios a preservar declarándolos monumento, o patrimonio colectivo; porque el cambio de escala producido al poner en valor lo urbano, habría cambiado el interés del edificio aislado por el interés al barrio.

Es el barrio, es el paquete urbano el que se ha de preservar. Es su carácter homogéneo, su estructura formal y social lo que ha de cuidarse

con verdadero mimo, porque el barrio pasa a convertirse en el auténtico receptáculo de la identidad.

Esto que describo lo conocemos muy bien quienes vivimos en ciudades con una cierta historia, donde existen diversos barrios de una extraordinaria intensidad urbana, es decir mezcla de usos, y con un importante grado de homogeneidad formal, en suma con un fuerte carácter que los hace identificables, e irrepetibles.

Quiero aprovechar este momento para lanzar una reflexión: La valoración de amplios conjuntos edificados con un determinado carácter como el auténtico patrimonio de una ciudad. La visión más holística de la ciudad, la revalorización de lo urbano como el más importante patrimonio colectivo.

Porque pensemos en el caso de los edificios o de los lugares catalogados como patrimonio e inmersos en contextos que no reciben tal aprecio y distinción, como tales edificios o lugares tan queridos pueden acabar (como de hecho sucede) como testigos mudos en contextos en los cuales no queda ya nada de lo que inicialmente rodeaba a esos edificios o lugares.

Quedan de ese modo, o pueden quedar, reducidos a meros objetos aislados en medio de ninguna parte. Esto es algo que lo vemos en tantísimos casos; tal opción no hace sino poner de manifiesto, no ya el reconocimiento de tales edificios o lugares, sino sobremanera la indiferencia, cuando no el desprecio hacia el contexto que los circunda.

Una vez reducidos a meros objetos completamente descontextualizados, pueden ser replicados con la máxima precisión y aparecer en lugares en los que el contexto urbano, o lo urbano no importa lo más mínimo. Tales objetos operan como especímenes curiosos en un zoo arquitectónico.

Lo tenemos en Las Vegas, donde encontramos el Palacio Ducal de Venecia, o los rascacielos de Nueva York. Y lo encontramos actualmente en muchas ciudades ansiosas de disponer de sus particulares «zoos» arquitectónicos desplegando especímenes diversos, cuanto más raros y nunca vistos, mucho mejor. Esta es la ciudad entendida como un zoo, capaz de llamar la atención global; mediática, y pensada para atraer a los turistas ansiosos de novedad.

Hago esta reflexión para enfatizar lo realmente importante, es decir, lo urbano; porque lo que ni Las Vegas, ni esas ciudades entregadas a generar su particular «zoo» arquitectónico pueden replicar es el barrio, con la riqueza y complejidad social y formal que tiene. Y sin embargo este debiera ser el objetivo de las ciudades, poder recrear

aquellos contextos que demuestran ser exitosos, que tienen intensidad urbana, carácter, calidad y un importante grado de homogeneidad y de armonía.

Porque, en mi opinión, el reto contemporáneo, en la presente situación de emergencia, radica en poner en valor a la ciudad, o si se quiere a los barrios, a los distritos, a los paquetes de una ciudad; de este modo estamos valorando la vida ciudadana y no sólo el objeto aislado segregado del contexto o indiferente al contexto; y me refiero al contexto en sus más amplios términos (social, económico y físico).

En otras palabras me refiero a evitar operaciones de segregación social en base a puntuales actuaciones supuestamente estelares en lugares armoniosos. Hoy ya los compromisos no van por esos derroteros. Como anunciaba en diciembre último el ardoroso defensor de arquitectos-estrella y crítico de arquitectura del *New York Times* Nicolai Ouroussoff, a raíz del gran crack financiero mundial: «*It was fun til the money run out*». (Fue divertido hasta que se acabó el dinero).

La adopción de la ciudad *collage*, con paquetes urbanos o barrios que disponen de unas determinadas características sociales, económicas y formales, permite a la vez que exige, es decir, ayuda pero también obliga, a las futuras actuaciones dentro del barrio. Permite conocer los parámetros en los cuales cualquier nueva actuación ha de moverse, y obliga a tenerlos en cuenta.

De aquí derivan dos cuestiones, en mi opinión trascendentales, para implementar esta valoración de lo urbano, y que son la necesidad de codificar el barrio y la puesta en valor de copiar, es decir la utilidad de aprender copiando.

Haré una breve referencia a estas dos cuestiones:

La codificación

El recurso al uso de códigos, de regulaciones, ordenanzas, y especificaciones diversas, existe desde que comienza la civilización.

En el caso del urbanismo, si tomamos por ejemplo el modelo de los ensanches, veremos que éstos se implementan, es decir se ponen en pie, con tres instrumentos básicos: la planta, la sección del edificio, y la introducción de unos códigos u ordenanzas que establecen aspectos de la composición del edificio muy generales: vuelos, balcones, etc., casi siempre relacionados con la volumetría.

El recurso a la codificación está íntimamente relacionado con la previsibilidad, es decir con la garantía de pre-ver, o ver con anticipación una situación que ha de producirse. Está por tanto relacionado con la seguridad, con un intento por parte del individuo y de la sociedad de estar tranquilo, protegido y seguro en los diversos campos de la actividad humana, porque toda una serie de códigos están ahí colocados para que las cosas se hagan de una determinada manera.

Permítanme unos ejemplos: El piloto de aviación está obligado a cumplir toda una serie de códigos para poder volar, para despegar, para aterrizar; el mecánico del avión también debe seguir obligatoriamente una serie de códigos; el controlador aéreo lo mismo.

El cirujano ha de seguir unos determinados protocolos o códigos desde que el paciente decide operarse hasta que recibe el alta. Los conductores de coches también estamos obligados a cumplir toda una serie de códigos o normas. Y así podríamos citar otros muchos campos: La producción de alimentos, la elaboración de múltiples objetos: coches, electrodomésticos, etc.

Todas las actividades humanas están sujetas a unos códigos o reglas que se han fijado con anticipación para marcar un camino controlado hacia un punto final.

Como puede verse, la angustia humana por la búsqueda de la seguridad resulta notablemente amortiguada gracias al recurso a los códigos, y la urbanidad o convivencia ciudadana, sujeta a unos determinados códigos de conducta, también resulta notablemente cumplida gracias a los códigos.

Y ¿Qué pasa con la ciudad?. ¿Qué sucede con la arquitectura?.

Parece como si la arquitectura, mediante su adscripción al mundo del arte, estuviera exenta de cualquier sujeción a la codificación; o al menos al uso de códigos garantistas de su aspecto formal. Y lo mismo cabe decir de la ciudad. De tal modo que el urbanismo actual se centra fundamentalmente en el sistemático recurso al derecho administrativo para garantizar un equilibrado reparto de la edificabilidad asignada a un determinado paquete de la ciudad.

Y la ciudad no puede reducirse a un mero recurso al derecho administrativo, porque éste no garantiza otras muchas cuestiones muy relevantes para adquirir la necesaria armonía formal, ni la social, es decir la urbanidad, y la homogeneidad que un barrio requiere. Por eso hace falta recurrir al uso de códigos; a cuantos sean necesarios

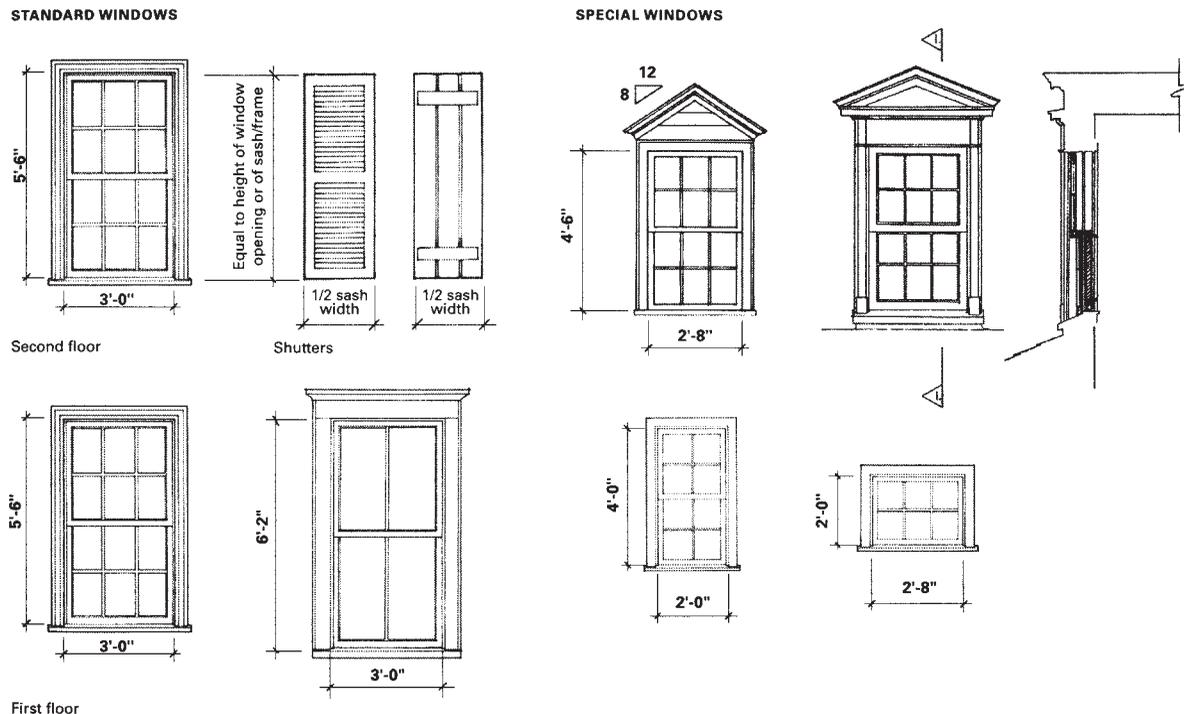
para poder prever cómo será el barrio. Códigos relacionados con la seguridad, con los volúmenes, con las tipologías edificatorias, con los tipos de aperturas, de materiales, de colores, etc., con tantas y tantas cosas. Con tantas como fuere necesario para poder prever cómo sera nuestro medio ambiente construido, nuestro barrio, nuestra ciudad, en definitiva para garantizar la correcta puesta en pie del modelo urbano elegido como adecuado en los tiempos presentes, por su resiliencia y por garantizar un desarrollo sostenible en el más amplio sentido del término (Fig. 9).

La copia y la innovación. Imitar y crear

Para explicar la importancia de copiar, de imitar lo que existe, es decir el precedente, me gustaría citar un texto Colin Rowe. El texto se refiere a la respuesta de Rowe cuando le preguntan su opinión acerca de un

FIG. 9
Ejemplo de códigos para un caso específico, expuestos graficamente.

Windows & Doors



⁴ Este texto de Colin Rowe fue publicado en *The Harvard Architecture Review* en 1986.

ejercicio que Walter Gropius había puesto a sus alumnos, y para el que Gropius les prohibía taxativamente copiar⁴.

A continuación, y para no alargar excesivamente la extensa cita, van unos extractos:

Déjame primero estipular que yo realmente no percibo cómo tu tema (se refiere a Walter Gropius) «El uso del precedente y el papel de la invención en la arquitectura hoy», puede realmente conducir a una provechosa discusión.

Nunca puedo entender cómo es posible atacar o cuestionar el uso del precedente. Por supuesto, soy incapaz de comprender cómo alguien puede comenzar a actuar (y no digamos a pensar) sin recurrir al precedente.

Porque, al nivel más banal, un beso puede ser instintivo, y un apretón de manos sigue siendo producto de la convención, del hábito o de la tradición; y en mi lectura, todas las palabras y lo que pudieran significar están relacionadas —de un modo difuso sin duda— a las nociones de paradigma, de modelo, y por tanto, del precedente.

Tal es mi prejuicio inicial que a continuación me extenderé —dice Colin Rowe— siguiendo la antigua estrategia de una serie de preguntas retóricas:

Tan sólo, ¿Cómo es posible pensar en cualquier sociedad, en cualquier civilización, o cultura, sin la provisión del precedente?

¿Acaso no son el lenguaje o los signos matemáticos la evidencia y el anuncio del imperante precedente?

Más aún, en el predicamento romántico de la interminable novedad, uno se perdería para descubrir cómo cualquier discurso (más allá de un gruñido) ha de ser llevado a cabo.

¿No es el precedente, y no son sus connotaciones, el cemento primario de la sociedad?

¿No es su reconocimiento la garantía última de un legítimo gobierno, de la libertad legal, de una decente prosperidad, y una educada interrelación?

Y a pesar de lo dolorosamente obvias y horrorosamente banales que son estas proposiciones implícitas, yo creo que pertenecen a las perogrulladas que cualquiera que funcione en una sociedad razonablemente estructurada (ni salvaje, ni sujeta a sobrecalentados entusiasmos revolucionarios) estará forzado a observar.

Yo no creo —no puedo— que estas perogrulladas estén disponibles para el estudiante medio de arquitectura. Porque ha sido educado en un medio mucho más expansivo, con fronteras y limitaciones cuando menos frágiles.

En los tiempos en que se entendía que todo es una cuestión de imitación, bien de la realidad externa, o de alguna abstracción más metafísica, el papel del precedente era raramente discutido, y no hace falta decir que Aristóteles plantea este argumento de modo muy sucinto:

«El instinto de la imitación está implantado en el hombre desde la infancia; una diferencia entre él y otros animales es que es la más imitativa de las criaturas

vivientes, y a través de la imitación aprende sus lecciones más tempranas; y no es menos universal el placer sentido en las cosas imitadas.»

Colin Rowe se extiende ejemplificando la relevancia de la memoria mediante una alusión a un poema de Wordsworth, para volver a referirse al ejercicio planteado por Walter Gropius a sus alumnos.

Continúa Colin Rowe:

(Según Gropius) *La creatividad en el niño al crecer debe ser despertada a través del trabajo con todo tipo de materiales en conjunción con el entrenamiento en el diseño libre... Pero esto es importante, ¡nada de copiar, nada de urgencias por actuar, por representar, nada de tutelaje artístico!*

Esto —afirma Colin Rowe— es sugerir indicaciones para una historia condensada de la doctrina de la mimesis y su ocaso; y esto es resaltar tu idea —se refiere a Walter Gropius— acerca del uso del precedente.

Porque, por lo que más quieras, no es nada fácil entender la distinción (de Gropius) entre copiar y la urgencia por actuar: «*Tenéis que actuar, representar, pero nada de copiar, y eso es lo que vosotros tíos tenéis que hacer.*» Pero ¿puede existir algún dictado más perverso e inhibitorio?»

¿No está claro que cualquier forma de actuación es inherentemente «copiar»? Y, sin estos modelos, es sin duda alguna, extremadamente difícil de imaginar cómo cualquier juego del ajedrez a la arquitectura podría sobrevivir.

No, todo juego, toda actuación, es esencialmente la celebración del precedente.

Ahora, ¿Qué pasa con la segunda parte de su tema: «*El papel de la invención en la arquitectura hoy?*».

Bueno, uno piensa en el abogado con su completa biblioteca encuadernada en cuero azul detrás de él. Es el inventario de casos que tratan sobre el caso específico que se le ha pedido juzgar.

De modo que tan sólo para pronunciar una innovación legal, para discriminar lo nuevo, nuestro jurista está obligado a consultar lo viejo y lo existente; y es sólo mediante la referencia a ello como la auténtica invención puede ser proclamada.

Porque, ¿no son el precedente y la invención las dos caras de la misma moneda?

Creo que un tema mejor podía haber sido: «*¿Cómo lo nuevo invade lo viejo, y cómo lo viejo invade lo nuevo?*».

Atentamente,

Colin Rowe.

No quisiera alargarme más en la cuestión del precedente, de la memoria y de la necesidad de copiar.

El discurso de la imitación está íntimamente unido a la aceptación de reglas, de códigos u ordenanzas. Porque no es cierto, como queda patente en la reflexión de Colin Rowe, que sea posible inventar algo tan radicalmente nuevo que no tenga relación con lo que existe, es decir con el precedente.

El hombre, como afirmó Ortega y Gasset, es el ser de más larga memoria; y es precisamente mediante el recurso a la memoria, es decir al precedente, a la imitación, como se han producido las grandes creaciones humanas. Porque es posible crear algo nuevo, aun existiendo determinados códigos; ya que en esa operación radica precisamente la auténtica creación del hombre.

Si hemos de construir la ciudad sostenible y los desarrollos urbanos sostenibles, entonces no tendremos más remedio que fijar determinados códigos; algunos serán de obligado cumplimiento, otros una referencia, una pauta o modelo a seguir.

Sólo de ese modo podremos pre-ver, es decir garantizar la pre-vision, la puesta en pie, de lo que en estos tiempos de auténtica emergencia queremos planificar.